

# ***D. Francisco de Jasso y Javier***

## ***La Tragedia de un paso hacia Dios***

**POR SANTIAGO DE ANITUA, S. J.**

**El 3 de diciembre próximo se celebra el cuarto centenario de la muerte de San Francisco Javier. La revista se asocia a él presentando este magnífico artículo que nos revela todo el mérito de la conversión del santo.**

Tenemos los hombres vulgares, nacidos en ese hormiguero anónimo de la humanidad, una tendencia incoercible a la adoración. "El hombre no puede vivir sin arrodillarse" —afirma Dostoyewski—. Y es verdad. Nuestra esencia misma de seres creados nos dobla las rodillas y humilla nuestras frentes.

Pero esta humildad óntica, hiperestesiada por la amargura vergonzosa de una experiencia cotidiana de bajeza y de miseria, nos ha conducido frecuentemente en la historia a la idolatría y al fetichismo más humillante. Y esta esfera de idolatría se ha ensanchado hasta abrazar en su círculo a nuestros semejantes, que han dejado de ser hombres, para ser dioses, demiurgos, o, simplemente, héroes.

Así nos lo confirma la mitología antigua con sus absurdos matrimonios de dioses y sirenas.

Pero también hoy, a pesar de esa distancia oceánica de siglos, y a despecho de esta democratización insospechada de una sociedad, en la que hasta los grandes señores juegan de vez en cuando a menestrales, existe la distinción exagerada de esos dos campos paralelos —héroes y hombres— que siempre guardan la misma distancia, sin que lleguen a encontrarse nunca, ni aun en el punto hipotético del infinito.

Y he aquí el desenfoque atroz de nuestro objetivo, para captar las acciones de los "grandes hombres" que si son grandes son al mismo tiempo hombres, amasados de la misma masa común de arcilla.

Este es el presupuesto inicial y necesario de nuestro ensayo. Porque hoy vamos a estudiar a un héroe. Pero lo vamos a estudiar en nuestro mismo plano.

“El santo antes de ser santo es hombre” —dice Chesterton. “El héroe —traduciríamos en nuestro caso— antes de ser héroe es hombre”. Pero Chesterton no llega al fondo de su afirmación, que se devalora tal vez por superficial y simple. Nosotros podríamos profundizarla, considerando a la humanidad del héroe, como raíz ontológica de su heroísmo. “El héroe es héroe, *precisamente*, porque es hombre”. Si no hubiera sido ensamblado con nuestros mismos huesos y nuestras mismas venas, si no hubiera sentido al realizar su obra heroica, el pánico de nuestra carne que tiembla, y no hubiera tenido el don común de elegir el camino fácil del hombre ordinario, el héroe no hubiera existido nunca.

Y por eso también Javier fué un héroe. Porque supo virar en redondo su camino, mientras se retorcían sus músculos rebeldes y se revolvió el poso íntimo, que habían sedimentado en su persona cinco siglos de historia.

Javier, en 1536, estaba en pleno galope hacia la gloria. Y por esta vez no nos atrevemos a condenar su postura, tachándole, como ha querido algún poeta, de “orfebre de gloria vana que va a forjar su ilusión”. No. Javier estaba en su derecho al buscar la gloria. Otra cosa, hubiera sido desertar de sí mismo, y aun de su deber.

“El honor era para todo bien nacido —afirma Ludvig Pfandl, resumiendo la sicología del siglo XVI— como una virtud de orden interior, espiritual”.<sup>(1)</sup>

Pero lo era sobre todo para el hidalgo. Y Javier era hidalgo en toda su sangre.

“Sí, me siento orgulloso de ser un vástago de las dos casas de Azpilicueta y Jaureguizar. Ninguna de las dos es opulenta, pero ambas existían antes de Carlo-Magno”.<sup>(2)</sup> Así exclama el tío de Javier, muerto también en olor de santidad, y conocido en el mundo de la ciencia por el nombre del Dr. Navarro.

Javier llevaba en sí mucha sangre de reyes y de historia.<sup>(3)</sup> Javier había bebido, consiguientemente, por el mero hecho de haber nacido en aquellas circunstancias de lugar y tiempo, una comezón y supersensibilidad exagerada, por todo lo que significara honor.

Por eso la desaparición del Reino de Navarra, que, según Schurhammer, acarreó la muerte al corazón patriota y sensible del Dr. D. Juan de Jassu, padre de Francisco, abrió también en el joven hidalgo una herida implacable. Porque desde entonces, fué la infamia y la miseria la que vivía agazapada en cada esquina de la casa señorial.

(1) LUDVIG PEANDL.—“Introducción al siglo de Oro”, Barcelona (1947) C. VI, p. I p. 138.

(2) Citado por Gross. “Saint François Xavier”. (1900) p. 20.

(3) Cfr. “Antigüedad y caridad de la nobilísima casa de Xavier...” Mon. Xav. t. II, p. 9 y 10.

Y la destrucción, más tarde, del castillo, hasta quedar convertido en un ruinoso palomar de aldea, significaba el desgarrón violento de toda una tradición y una historia, en el alma de unos hidalgos, que era esencialmente esa misma historia, y esa misma tradición.

Pero la deshonra llegó más lejos. Los castellanos de Javier, los hidalgos navarros y vascos, "cuya fidelidad a sus soberanos se ha hecho proverbial", —como quería el Dr. Navarro,—<sup>(3)</sup> llegaron al colmo de su abyección, cuando fueron proclamados públicamente traidores al Emperador, al nuevo Señor de sus tierras.<sup>(4)</sup>

Es verdad, que este baldón era para ellos una gloria de fidelidad a su Rey navarro. Pero la palabra "traidor" llevada por los labios labriegos y pastores, repetida, quizá más de una vez, por el seco alcaide extremeño que Cisneros colocó en el viejo castillo arruinado, tenía que doler cáusticamente, en el alma. Ellos —más desgraciados que el Monarca Francés— habían perdido todo, hasta el honor.

Por eso Francisco, el joven que se abría a la vida, el único que aún no había estrenado sus ideales de grandeza, tenía que lanzarse con ceguera, casi —diríamos— ferozmente, por el camino —real o ficticio— que podía conducirle a la reconquista del honor perdido. No era sólo su persona dolorida de vencido, y de humillado, la que le empujaba a la aventura. Era todo un apellido y una historia la que exigía reparaciones. El vástago de aquella nobleza, hubiera quedado repudiado para siempre, si no hubiera tomado sobre sí el ineludible deber de reconquistar la gloria ultrajada.<sup>(5)</sup>

Con este imperativo inaplazable, ensilló Javier su cabalgadura, rumbo a París. Estudió intensamente en vistas al porvenir glorioso. Y alcanzó a fuerza de sudores, de penurias desagradables, la cátedra de Aristóteles en el colegio de Dormans-Bauvais.

Es en este momento crítico, en que sus discípulos le adoran, y le suplican que prolongue durante tres años más su magisterio, cuando Ignacio de Loyola viene a distraerle en su camino, con una cantinela, tanto más inoportuna cuanto más verdadera. "¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma?"

Parecería aquella frase, —si no conociéramos el tacto psicológico de Ignacio,— como un sarcasmo en el dolor del alma hidalga, como una de esas frases molestas de resignación, con que pretenden consolar los grandes señores, a los mendigos que lloran porque no tienen pan. "¿Qué te importa ganar el mundo..." Cuando los nobles Jassu de Navarra apenas son unos hidalgos pobres de picaresca, cuando la historia de un apellido se ha arruinado, cuando hasta la varonil María de Azpilicueta no sabe

---

(4) Citado por Gross. "Saint Francois Xavier" p. 24.

(5) En 1523 el Emperador concedió un perdón general a los navarros. Sólo fueron exceptuados unos pocos que habían sobresalido por su rebeldía: entre ellos los señores de Javier.

(6) El honor era tan sagrado para el noble del XVI, que su reparación debía ser procurada por alguno de la familia —en orden de proximidad hasta el tercero y aun cuarto grado de parentesco.

egredirse de su infamia y sólo puede sufrir y llorar firmándose “María la Triste”. ¿Qué te importa ganar el mundo...” La frase quizá se le enroscó en el alma a Francisco como un latigazo que le hizo saltar hacia atrás retador y ofendido. Su juventud clamaba por el cumplimiento de un deber sagrado, y le decían que aquel deber era vanidad. Querían amarrar sus ilusiones, querían apagarle aquel fuego rabioso que habían encendido cinco siglos de historia.

No quisiera aventurar opiniones, pero es muy probable que esta fuese una de las causas, por las que el hidalgo de Javier se retrajo del trato insinuante de Ignacio y se acurrucó en sí mismo contumaz y rebelde. El guipuzcoano, por otra parte, había conquistado el círculo íntimo que rodeaba a Francisco. Javier iba quedando solo, asentado inmoviblemente en sus ideas y en su camino. Y a medida que el trato —directo o indirecto— con el de Loyola, se iba haciendo más necesario —porque era Ignacio el que le rodeaba por todas partes— también el afincamiento en su soberbia de casta se iba aplomando más y manifestándose en hechos más patentes.

Aquel “dictador de almas” —como llama Marcus a San Ignacio— había tomado ya todas las posiciones. Fabro, Laínez, Salmerón eran los puestos avanzados conquistados previamente en torno a Javier.

Y tras tres años de estrategia Javier contesta.

El trece de Febrero de 1531 D. Francisco de Jassu y Javier pide y suplica a sus hermanos con toda instancia que obtengan del tribunal del Emperador la ejecutoria de su nobleza y limpieza de sangre<sup>(1)</sup>.

Y algún tiempo después, para corroborar su postura anterior —si acaso ésta había resultado equívoca— eleva una petición al cabildo iruñés para obtener un canonicato en su catedral.

La respuesta había sido tajante. Quizá fué postura de reto. Ciertamente lo fué de hidalgo.

“Era naturalmente inclinado a la honra y fausto del mundo, según después nos contaron algunos, que en este tiempo particularmente le conversaron” —nos dice Texeira<sup>(2)</sup>.

Y es por eso —según confiesa Polanco— por lo que “nunca aquel insigne modelador de hombres —Ignacio— había manejado al principio masa más dura entre sus manos”<sup>(3)</sup>.

El corazón, la naturaleza del hombre rebelde, el alma javierina descendiente de reyes, queda bien definida y bien patente en esa postura retadora. Ese es D. Francisco de Jassu y Azpilicueta, en el momento crucial en el que puede escoger el camino del héroe o el del hidalgo vulgar cargado de pergaminos y de realezas.

(1) Mon. Xav. t. II, p. 32.

(2) “Vida del bienaventurado Padre Francisco Javier” Bilbao (1952) p. 18.

(3) Cronicon S. J. t. I, p. 49.

Pero Francisco tenía también en sí, junto a una naturaleza escogida de glorias, una raíz íntima, que se enroscaba también en una de las parcelas más fértiles de su casta. Si los navarros y los vascos han sido fieles a su señor, "también lo han sido del mismo modo a Dios y a la Iglesia" (4).

Y las palabras de Ignacio —palabras de Evangelio— a la luz de Dios eran verdad. La lucha por consiguiente no es entre dos hidalgos, entre dos hombres de ideas contrarias, es entre la fe y el sentimiento, entre el alma y la educación, entre un porvenir glorioso y la voz de Dios, que se alojan en la unidad indivisible de un supósito individual. El acierto sicológico de Ignacio había consistido propiamente en eso. El no había propiamente luchado, sólo había sembrado inquietudes, había hundido hasta lo más profundo del corazón del vasco-navarro una frase de Cristo. La lucha se libraba en Javier y contra Javier. El contra sí mismo. Y en el mismo momento, en el que su desplante de hidalgo —tal vez quiso con él ahogar sus inquietudes— había cristalizado ya en un documento real. "Nos Emperador, Reyna y Rey sobredichos, con acuerdo y deliberación de los Alcaldes de nuestra corte mayor, por esta nuestra presente sentencia definitiva, pronunciamos y declaramos al dicho D. Francisco de Jasso y de Xabier por hombre noble, hijodalgo y jentilhombre" (5).

Y poco después le llegaba el nombramiento de canónigo por la catedral de Pamplona.

Es el instante en el que toca con las manos lo que hasta entonces sólo fué sueño. El ideal se convierte en realidad. Su camino de diez años de trabajos está llegando a la cumbre. La casa de Javier comienza de nuevo a brillar ante los ojos del mundo.

Y ahora es él quien tiene que romper su historia, sus sueños, su apellido, su propia hidalguía y su propio ser. Es él, el único que podía reparar la infamia pasada, quien ha de rehuir este sagrado deber y lanzarse por los caminos de Europa, con hambre y lluvia a mendigar un pedazo de pan como un vagabundo más.

Y en esta encrucijada nació el héroe. Dió el paso gigante. Y —señal inequívoca de su lucha sicológica— lo dió loca, ardiente, extremosamente. También esta vez su postura fué de reto.

Polanco la define en una frase: "Maestro Francisco fué quien sobresalió principalmente, por el fervor, caridad y desprecio de si mismo". (1)

A Javier le repugnaron las bubas purulentas que vió en su maestro, ahora "Vine a lamber y chupar la podre de las ronchas y sarna de uno que tenía esta enfermedad". Javier mantenía en Santa Bárbara criado y caballo para su recreo, desde entonces él se compondrá sus ropillas y guisará su puchero, por más que encarne en sí la autoridad del Pontífice Romano. Francisco Hidalgo siente en el alma el ortigueo de una venganza que se

---

(4) Doctor Navarro. Citado por Cross. S. F. Javier p. 24.

(5) Mon. Xav, t, II, p. 83.

dilata, Javier héroe dice todos los días misa por D. Alvaro el mayor perseguidor de su apostolado.

La misma muerte de Javier frente a China fué el colofón y el símbolo de aquel paso trágico de héroe. La sotana raída, unas almendras en el zurrón y una soledad infinita en el horizonte. Así muere un vástago de la familia Azpilicueta. Sólo, con unas ropillas de limosna y una estera de cañas en el suelo. Hasta esta meta de soledad le había conducido el camino de aquel día heroico.

Su huella es hoy cuatro veces centenaria.

¿Quedó escrita solamente —como quiere algún escritor— sobre la movilidad frágil de la arena?

